

La herencia

LAURA CABRERA

Ella murió esa noche. Viéndola tan joven no pude reconocerla, pero los abogados me confirmaron la decisión sobre su herencia.

La casa era muy amplia, pero tenía una extraña disposición, pues el pasillo parecía una especie de túnel por el cual sólo podía pasar una persona y apenas un rayo de luz, además, en donde supuestamente debía estar la sala, se hallaba la recámara. Recuerdo también que el suelo estaba recubierto por una alfombra café y cómo todo el tiempo el aire parecía insuficiente y viciado.

Más de una vez la vi frente al espejo peinándose y me molestaba mucho pensar que violaba mi soledad. Un buen día le reclamé el allanamiento y le dicté una especie de ultimátum: o se quedaba conmigo permanentemente o no debía volver jamás. Decidió quedarse.

Entre las cosas guardadas en la casa se encontraba una vieja caja de madera de color café oscuro, muy descuidada, por cierto. Contenía todas sus joyas. Me la encargó especialmente. No quise dejarla entre el resto de los cofres pues con seguridad mi hermana tomaría las joyas sin pedírmelas. Mi conciencia, rápidamente, me llamó egoísta y cambié de parecer. En el centro de la habitación, sobre una pequeña mesa de centro, quedó la caja, cuya característica más notoria era la gran utili-

dad para abrirla, ya que la tapa estaba unida al resto del cuerpo del alhajero, pero no lo suficiente como para permitir soltarla mientras se revisaba el interior, por lo cual se tenía todo el tiempo la necesidad de sostenerla para evitar que se rompiera.

Pasamos algún tiempo muy tranquilas. Para mí todo era novedad en esa construcción de tres pisos, y para ella todo aquello representaba una vida hecha ya sólo de recuerdos. Hablábamos, jugábamos, reíamos. Todo era plácido y su compañía me servía de calmante una vez terminadas las actividades diarias, pero, un día, un hombre extraño llegó, entró en la casa y la martirizó. No supe qué hacer y ella desapareció.

Al amanecer siguiente yo misma dejé la casa. Pasaron muchos meses antes de que pudiese hablar con alguien sobre lo ocurrido. Como es costumbre, mi amiga X fue la primera en enterarse, mas tampoco sabía cómo debía reaccionar, así pues, mi vida continuó su curso mientras trataba de olvidar el incidente.

Cerca del mes de julio supe que quizá emprendería un viaje del cual, muy probablemente, nunca volvería. Me llené de valor y fui en su búsqueda. No hallé la casa, sin embargo, eso no me desalentó, sabía que sus hijas y nietas podrían recibirme en las suyas. Cuando les hablé sobre la herencia, me dieron libertad de indagar entre sus recuerdos y, súbitamente, la hallé: la caja estaba allí. Lucía más clara y no tenía joyas en su interior, sino medicamentos. Intenté destaparla, mas me fue imposi-

ble pues tenía bisagras. Quise echar la tapa hacia atrás para que se mantuviera abierta, pero uno de los goznes estaba roto, y si soltaba la tapa corría el riesgo de romperse, tal como el otro.

No sé qué fuerza se apoderó de mí, pero pasaron horas antes de que me liberara de ella. Lloré como si Dios hubiese muerto y temblé como si el alma se me hubiera vaciado. Con la caja en las manos regresé a casa. Tomé aceite para madera y la limpié. Prendí una lamparita en mi cuarto y su alfombra café se iluminó tenuemente. El incienso parecía impedir la respiración, pero servía como calmante para mis lágrimas. Me arrodillé y recé hasta quedarme dormida. Fue cuando volvió. La edad no la dejaba moverse y la desesperación hizo un nido de calamidades en su espíritu. Me suplicó que cuidara de su familia y que diera aviso de la cercanía de un fatal accidente.

Al despertar y evocar lo ocurrido, no pude sino aceptar que ella siempre había estado muerta, que la herencia me la dio en el instante mismo de su muerte, durante la noche, mientras yo soñaba. Todo había sido un sueño: la casa, el espejo y su desaparición tras haber sido torturada.

No obstante, la caja existía, estaba en mi cuarto, sobre una pequeña mesa. Me levanté, fui hasta el teléfono y cumplí con el encargo. En efecto, hubo un accidente. La aeronave en la cual sus hijas y nietas viajarían cayó en plena ciudad, pero ninguna de ellas falleció, pues creyeron en mí y en mi mensaje y cancelaron sus boletos.

Actualmente, la caja permanece en mi habitación y, además, hace unos años tropecé en el parque con su llave; sin embargo, aún no tengo muy claro cuáles joyas de cuidar. Volver de la muerte para encomendar una tarea tan vana no es precisamente altruista. Su familia, por su parte, no necesita de mí y yo no puedo ayudarla.

Me pregunto si su herencia será esta angustia o si tan sólo es mi mente quien me engaña. Ciertamente, ella no se ha ido; toma mis cosas y las esconde, me susurra secretos del futuro y de los espíritus moradores de mi habitación, y me espanta dejándome ver su rostro por las noches.

El doctor dice que todo va a estar bien, y yo le creo: mañana morirá y yo, finalmente, seré libre. ■

